

Acostóse plácidamente mister Toots y aquella noche tuvo un ensueño felicísimo, pensando en que Florencia se había acordado de él como amigo en su última noche de soltera y que le había comunicado la expresión de sus cariñosos afectos.

CAPÍTULO LVII

OTRA BODA

Mister Sownds, el bedel y mistress Miff la acomodadora están desde muy temprano en sus respectivos puestos, en la elegante iglesia donde se casó mister Dombey. Un viejo caballero de la India, de tez amarillenta, se va á casar con una jovencita y se esperan de un momento á otro seis carruajes con grande cotiva. Mistress Miff, tan bien informada como siempre, sabe que el viejo de cara amarillenta podría empedrar con brillantes todo el camino de la iglesia sin hacer la menor mella en su fortuna. La bendición nupcial promete ser solemne, pues va á oficiar un deán reverendísimo. En cuanto á la novia probablemente será dada en matrimonio, conforme al ceremonial conocido, por un elevado personaje que procede de la Guardia Real.

Mistress Miff está mucho más intolerante que nunca con la gente pobre; y eso que su opinión respecto á ellas y á sus pretensiones de sentarse gratis no databan de un día y se ejercitaban, despiadadamente, con frecuencia. No tiene mistress Miff estudios de economía política (ciencia que á su parecer se relaciona con alguna secta disidente, anabaptista,

metodista ó cosa parecida), pero no comprende qué negocio se hace con casar á las gentes pobres.

— No lo entiendo — dice mistress Miff. — ¡Mire usted que leer las mismas cosas y recibir en vez de soberanos (1) monedas de seis peniques!

Mister Sownds el bedel es, sin duda, más liberal que mistress Miff. — Como no alquila sillas...

— Señora — dice Mr. Sownds — no hay más remedio que casarlos. Tenemos que llenar las escuelas y nutrir las filas de soldados. No hay más remedio que casarlos, señora, en interés del país.

Está sentado mister Sownds en los escalones del pórtico y la acomodadora quita el polvo en la iglesia. En aquel momento se presenta una joven pareja, él y ella modestamente vestidos. La arrugada cofia de Mrs. Miff se tornó con severidad hacia los jóvenes, como si aquella visita matinal fuera la indicación de una fuga amorosa. Pero no trataban de casarse: « Únicamente dar una vuelta por la iglesia » dice el caballero. Y como á estas palabras acompaña una dádiva, mistress Miff dulcifica su rostro y la cofia se inclina.

Mistress Miff vuelve á su tarea de quitar el polvo y remueve los almohadones — la han dicho que el viejo caballero de la India está delicado de las rodillas — pero no por esto pierde de vista á la pareja joven que se pasea por la iglesia.

— ¡Ejem, ejem! — tose ásperamente mistress Miff, una tos más seca que la paja de que los almohadones están henchidos. — Ya volveréis vosotros por aquí una de estas mañanas ó yo me engaño mucho.

Como esto le dijo para sus adentros la mujer de la

(1) Soberano, moneda de oro, equivalente á veinte chelines.

cofia no recibió contestación de la parejita, ocupada en examinar una lápida fúnebre. Están á bastante distancia de la guardadora de sillas, pero ésta sigue sin perderlos de vista y así observa que la muchacha se apoya mucho en el brazo del joven y que éste inclina mucho la cabeza hacia su compañera.

— Bueno, bueno — vuelve á murmurar mistress Miff — podriais hacer algo peor. ¡Vaya qué pareja más linda!

No es que mistress Miff emita juicios personales: no habla sino desde el punto de vista comercial. No la importan más las parejas que los féretros. Es una vieja seca, rígida — como un banco — y con tanta sensibilidad como una viruta. Otro temperamento tiene mister Sownds, que está gordo y usa casaca con vivos de color escarlata. Cuando la pareja se marcha, el bedel se queda mirando desde los escalones del pórtico y dice á mistress Miff que en aquel instante se halla al lado:

— Como guapa, es guapa — y relamiéndose el bedel añade. — Es un capullito de rosa.

Mistress Miff contesta que es verdad: pero lo dice por condescendencia nada más: en el fondo lo que piensa es que aquella observación del bedel constituye una ligereza imperdonable en un hombre que tiene cargo en la parroquia. Por nada del mundo consentiría mistress Miff en casarse con aquel hombre, por muy bedel que sea.

Y la parejita ¿qué dice cuando se marcha de la iglesia?

— Gracias, querido Wálter. Ahora ya puedo emprender el viaje tranquila.

— Y cuando estemos de regreso, Florencia, volveremos á visitar su sepultura.

Florencia levantó los ojos, en que asomaban unas lágrimas y mirando á la cara de Wálter le dijo :

— Es muy temprano, Wálter, y casi no hay nadie por las calles. Paseémonos un poco.

— Mira que te vas á cansar, amor mío.

— ¡Oh, no! Eso pudo suceder la primera vez que anduvimos juntos : aquel día sí que estuve cansada. Pero hoy no; no hay cuidado.

Y de este modo, no muy cambiada ella, tan inocente y cariñosa y él tan franco, tan lleno de esperanzas, Florencia y Wálter, en aquella mañana de sus bodas pasearon juntos otra vez por las calles.

El día en que por primera vez pasearon, siendo niños, aquel día no estuvieron tan abstraídos del mundo como en este su segundo paseo lo estaban. Aquel día los piecitos de Florencia no pisaron tan encantada tierra como pisaban ahora. La confianza y el cariño infantiles pueden cambiar de objeto y recaer en uno ú otro varias veces; pero el corazón de Florencia, hecha mujer, era un tesoro indivisible, sólo una vez podía darse y en el abandono ó en el cambio su sola perspectiva era de sufrimiento y muerte.

Siguieron las calles más tranquilas y no se acercaron á la de su antigua morada. Era una mañana de verano, hermosa y soleada. En las tiendas resplandecía la riqueza, la orfebrería, el oro y plata. Las altas casas de la City protegían con majestuosa sombra á la joven pareja, que pasa de la luz á la sombra, que cruza, por delante de la riqueza almacenada, sin pensar en otros tesoros ni en otros palacios que la recíproca posesión de sus enamorados corazones.

Poco á poco van internándose por calles más sombrías y estrechas, en que el sol, amarillo unas veces

y rojo otras, no se deja ver más que en lo alto, en los aleros y cornisas, ó en las plazuelas donde se encuentra un árbol ó alguna de las innumerables iglesias, ó en algún jardinillo ó en un rincón de cementerio encima de piedras tumulares, ennegrecidas por el tiempo (1). Cariñosa y confiada, va Florencia por aquellos pasadizos y calles, apoyada siempre en el brazo de quien será pronto su marido.

Late ahora más su corazón porque Wálter anuncia que ya están cerca de la iglesia. Pasan por delante de almacenes, entre carros que están descargando mercancías; pero Florencia no los ve ni se hace cargo de aquel ruido. Pronto se encuentra en la quietud, en la penumbra, temblando en una iglesia donde se siente olor á la humedad, como en una bodega.

El hombrecillo que toca la desconsolada campana, ahora está sentado en el pórtico y ha puesto su sombrero encima de la pila de bautismo : está en su casa, puesto que es el campanero de la parroquia. Conduce á los recién llegados hasta una oscura sacristía, cuarteada y polvorienta, como un aparador sin puertas ni anaqueles. Los agusanados libros de registro trascienden á rapé de tal modo que á Susana se le saltan las lágrimas y rompe en estornudos.

Pero ¡qué hermosa está la novia en aquel sitio polvoriendo, sin pariente ninguno que la acompañe y

(1) El hallar trozos de cementerio entre las calles de la City, es decir, en pleno corazón de Londres, no es cosa extraordinaria. Entiéndase que sólo se trata de algunas tumbas de fecha más ó menos remota : nunca recientes. Son restos que la piedad inglesa deja subsistir y de los cuales nos parece notable el rincón junto á Suffolk-House, á dos pasos de Cannon Sreet, muy cerca de la estación de este nombre. Tocando á las paredes de San Pablo — Churchyard — también se encuentran viejas tumbas. (N. del T.)

apadrine! Hay un polvoroso sacristán que apenas sin ocupación en la iglesia vive de un puesto de periódicos, que cuelgan de unas cuerdas, prendidas á las destartaladas paredes de un ancho portalón, frente al templo. Hay una polvorosa guardadora de bancos, vieja que no tiene de qué cuidarse, si no es de sí misma, y ya es bastante. Hay un polvoroso bedel (este bedel y aquella guardadora son los de mister Toots, el domingo) que algunas veces se ocupa en el servicio de una venerable Hermandad cuyas reuniones se celebran en una sala con vidrieras al patio, á través de las cuales nunca pasó mirada humana. Hay polvorosas y salientes cornisas y frisos de madera como coronamiento del altar, en derredor de la galería y por encima de una inscripción en que se recuerda lo que el Hermano mayor y los Hermanos de la venerable Hermandad hicieron el año de gracia de mil seiscientos noventa y cuatro. Hay un polvoriento y viejo tornavoz en lo alto del púlpito para el predicador y otro no menos viejo y polvoroso encima del púlpito para la lectura sagrada; ambos amenazando caer, como tapas, sobre la cabeza de los clérigos oficiantes, caso de que incurran en grave falta contra su ministerio. Hay, en fin, toda la provisión de polvo que se quiera, en todas partes, excepto en el patio cimiterio, donde las facilidades para encontrar polvo realmente son muy limitadas.

El capitán, tío Sol y mister Toots, ya están aquí, en la iglesia. El clérigo se reviste de sobrepelliz en la sacristía y el sacristán da vueltas en derredor del clérigo, soplando para quitarle el polvo. El novio y la novia están delante del altar. No hay madrina, como no se cuente por tal á Susana Nipper, ni padrino, como no se atribuya esta condición al buen

capitán Cuttle. Un hombre con una pierna de palo entra en la iglesia, comiéndose una manzana á bocados. Sin duda quiere ver lo que pasa; pero, también sin duda, no le interesa el acto y se marcha por donde ha venido, cojeando y haciendo resonar el palo de su pierna sobre el suelo de losas.

Ni un amable rayo de sol se digna acariciar á Florencia cuando delante del altar tímidamente inclina su cabeza. El luminar de la mañana está por fuera. En las ramas de un arbolillo enjuto, unos cuantos gorriones pían desconcertadamente. Un mirlo á cuya jaula, en la ventana de una tintorería vecina, llega por un resquicio el sol, silba con alborozo mientras se verifica la ceremonia de la iglesia. Los amenes del polvoriento sacristán, lo mismo que los de Macbeth, parece que se le agarran á la garganta; pero el capitán Cuttle le ayuda á echarlos fuera con tan grande benevolencia que intercala unos cuantos en lugares donde jamás se vieron.

Ya están casados; ya han firmado en uno de aquellos estornutatorios registros, la sobrepelliz del oficiante ha vuelto al polvo y el clérigo á su casa. En un oscuro rincón de la oscura iglesia Florencia se ha reunido con Susana y llora en sus brazos. Mister Toots tiene los ojos encarnadas. El capitán se frota la nariz. Tío Sol se ha quitado las gafas y ha salido á la puerta del templo.

— El cielo te bendiga, Susana. Si alguna vez tuvieras que dar testimonio de cuánto quiero á Wálter y de las razones que tengo para profesarle este cariño, dílo para honra suya. ¡Adiós, adiós!

Han pensado que será mejor no volver á casa del guardia marina. Está esperándolos un coche, allí, inmediato.

No puede hablar Susana : sólo consigue sollozar, abrazada á Florencia. Acércase míster Toots á Susana, la exhorta á que se tranquilice y se hace cargo de ella. Le da la mano Florencia y en la alegría de su corazón le presenta la mejilla para que la dé un beso. Florencia besa á tío Sol y al capitán Cuttle y se marcha con su joven marido.

Pero Susana no consiente que se vaya Florencia llevándose aquellas impresiones de tristeza. Había pensado proceder de un modo tan distinto que amargamente se censura á sí misma. Quiere hacer un último esfuerzo para reparar el daño producido : sepárase de míster Toots, y corre á ver si alcanza al coche. Adivina el capitán aquel propósito y corre también para dejarse ver alegre. Tío Sol y míster Toots se quedan juntos al lado de la iglesia esperando que Susana y el capitán vuelvan.

Ya se ha ido el coche, pero como la calle está en cuesta y llena de obstáculos, avanza lentamente. Susana ha conocido el coche, está segura. El capitán Cuttle va detrás de Susana, con el sombrero de hule en la mano haciendo señas aunque sin saber á punto fijo si son para aquel coche ó para otro.

Susana llega á lo más empinado de la cuesta al mismo tiempo que el carruaje : acércase á la ventanilla y ve á Wálter y á su lado Florencia. Entonces dando palmaditas exclama :

— ¡Miss Floy, querida mía, míreme! ¡Ahora ya estamos muy contentos! ¡Adiós, preciosa mía, adiós!

Cómo ha sucedido todo esto no lo sabe Susana, pero el caso es que se encuentra en la portezuela, que da un abrazo y un beso á Florencia.

— Estamos ahora muy... muy contentos, mi querida miss Floy — dice Susana, suspirando, sin em-

bargo de una manera que puede inspirar dudas acerca de su contentamiento. — Ya no está usted enfadada conmigo ¿verdad?

— ¡Enfadada!

— No, no ; estoy segura de que se le ha pasado á usted el enfado. Aquí está el capitán : su amigo el capitán. Viene también á decir adiós otra vez.

— ¡Hurra, delicias del corazón! — vocifera con emoción el capitán. — ¡Hurra, Wálter, muchacho, hurra, hurra!

El novio está en una ventanilla, la novia en otra : el capitán izado en el estribo de la primera. Susana en el estribo de la segunda : el coche marcha siempre, pero sin saber si debe apresurar el paso ó si debe pararse. Los otros coches y los carros no saben tampoco á qué velocidad atenerse : no se vió nunca confusión igual en la calle. Pero Susana gallardamente se mantiene en su puesto y se ríe, conteniendo las lágrimas, hasta el fin. Ya se bajó Susana, ya se ha quedado atrás ; pero el capitán sigue corriendo junto á su portezuela y gritando ¡ hurra ! Su cuello de camisa danza en violenta agitación hasta que ya no hay esperanzas de seguir al par del carruaje. Y cuando el capitán se reúne con Susana ésta no puede más y cae en síncope : se la auxilia en la tienda inmediata, hasta que recupera el sentido.

Tío Sol y míster Toots pacientemente esperan al lado de la iglesia. Ni uno ni otro tiene ganas de hablar, ni de oír una palabra : en tal concepto están enteramente de acuerdo. Llegan todos á casa del guardia marina y cuando se ponen á almorzar nadie prueba un bocado. El capitán Cuttle hace como que va á comer con voracidad el pan tostado ; pero no lo come. Míster Toots, después de almorzar, se despide

diciendo que volverá luego, por la noche : y se va á dar vueltas, todo el día, por la ciudad, con una vaga sensación de no haber dormido en quince días.

Hay un encanto extraño en la casa, en el cuarto donde han tenido costumbre de reunirse todos y del cual ya faltan los dos jóvenes. Esta sensación aun agrava, y al mismo tiempo dulcifica, la pena de la separación. Mister Toots dice á Susana Nipper, al volver por la noche, que nunca se vió tan desgraciado como en este día y que, sin embargo, está bien. Confiadamente expone á Susana, que se encuentra sola, cuál fué el estado de su ánimo el día en que ella misma le manifestó que miss Dombey no le amaría nunca. Animado por estas confidencias que suscitan los comunes recuerdos, propone mister Toots á Susana salir juntos á comprar algo para cenar. Acepta miss Nipper y compran una porción de buenas cosas con las cuales ayudados de mistress Richards confeccionan una muy buena cena : para servirla esperan el regreso del capitán y de tío Sol.

El capitán y tío Sol habían ido á bordo : allí dejaron instalado á Diógenes y vieron cargar el equipaje. Vuelven con mucho que contar : las grandes simpatías por Wálter, las comodidades que Wálter ha establecido en el barco para sorpresa de Florencia, haciendo de su camarote « una delicia » dice el capitán Cuttle « un camarote de almirante ».

Una de las mayores satisfacciones que ha tenido el capitán en su vida es el saber que sus tenacillas para azúcar, sus cucharillas para te, se hallan á bordo. Y otra vez hablándose á sí mismo se dice. « Edward Cuttle, muchacho, la mejor idea de tu vida es la de haber hecho ese regalito *conjuntamente*. »

El viejo óptico está más distraído y nebuloso que

de costumbre : el casamiento y la partida le han afectado enormemente. Pero le reconforta mucho el ver á su viejo amigo Ned Cuttle, allí al lado suyo sentado : cuando se sientan á cenar tío Sol está ya más satisfecho y más alegre.

— Mi chico se ha salvado y prospera — dice Sol Gills restregándose las manos. — ¿Qué motivo puedo tener para no estar esperanzado y muy contento?

El capitán, que todavía no se ha sentado á la mesa y está dando vueltas como si le faltara algo, dice al fin, parándose :

— Sol, amigo ¿qué te parece si nos bebiéramos esta noche la botellita de Madera, la última, ya sabes? Á la salud de Wálter y de su mujer.

El óptico mira fijamente á su amigo, se mete la mano en el bolsillo de su casaca de color de café, saca una cartera y de ésta una carta.

— Para mister Dombey — dice Sol — de parte de Wálter. Para entregar dentro de tres semanas. Voy á leerla.

« Señor : Me he casado con su hija. Emprende conmigo un largo viaje. Profesarla cariño no me da títulos á la consideración suya ni á la de usted : ya lo sé. Y sin embargo, cuánto la quiero yo, Dios lo sabe.

» ¿Cómo es que queriéndola tanto la induzco á que corra conmigo los riesgos de mi vida? No se lo explicaré á usted : primero porque ya lo sabe usted bien y después porque es usted su padre.

» No la acuse usted : tampoco ella le acusa.

» No pienso que me perdone usted jamás : no tengo esperanzas de ello. Pero si llegara una hora en que pudiera ser consolador para usted el saber que existe alguien cuya vida está consagrada á que Florencia olvide lo pasado, yo le aseguro usted,

solemnemente, que en aquella hora puede usted serenarse y estar enteramente tranquilo. »

Solomón volvió á guardar el papel en la cartera y la cartera en el bolsillo. Y luego con aire pensativo dijo :

— No nos beberemos todavía la última botella, amigo Ned. Todavía no : esperaremos.

— Todavía no — asintió el capitán. — Esperaremos.

Susana y Toots participan de este modo de ver. Hay un momento de silencio. Se sientan todos á la mesa y beben á la salud de los recién casados, pero con otro vino, no con la última botella de Madera, que sigue reposada en el polvo, cubierta por las telas de araña.

Han pasado unos días. En alta mar un barco abre sus blancas velas al viento favorable.

Sobre la cubierta está Florencia, que para aquellos rudos hombres es imagen de la belleza, la gracia y la inocencia : suave garantía también de un viaje próspero. Es de noche. Wálter está sentado al lado de Florencia y ambos contemplan la majestad del mar, espejo de la luna.

Túrbase la vista de Florencia : asoman á sus ojos las lágrimas : reclina la cabeza en el pecho de Wálter, échale los brazos al cuello y exclama :

— ¡Oh, Wálter, qué feliz soy, amado mio!

Wálter la estrecha contra su corazón. Y el barco prosigue serenamente su camino.

— Cuando escucho el rumor del mar — dice Florencia — y estoy atenta á sus lamentos, vienen á mi memoria días lejanos. Y me acuerdo mucho de...

— ... de Pablo, vida mía.

De Pablo y de Wálter. Y otra vez las olas murmuraron para Florencia las palabras de amor, de amor eterno, infinito, que no cabe en los linderos de este mundo, ni en límites de tiempo y se halla más allá de la mar y más allá del cielo, en la remota é invisible región, lejos, muy lejos!